

ESPIRITUALIDAD LAICAL IGNACIANA

Ignacio de Loyola, una espiritualidad para laicos



<http://www.panyrosas.es/>

José Reyes, 1992:
*Espiritualidad ignaciana y
espiritualidad laical.*

Revista Progressio. Publicación de la
Comunidad de Vida Cristiana (CVX).
Enero 1992, nº 1: pp.12-22.

Espiritualidad ignaciana y espiritualidad laical¹

El siguiente es el texto de una conferencia dada por el autor en el marco de la "Congreso Juvenil de Espiritualidad Ignaciana", que se realizó el pasado mes de Septiembre [de 1992] en Roma, en la Iglesia de San Ignacio. Participaron en el Congreso unos 1500 jóvenes provenientes de toda Italia, que de alguna manera se sienten atraídos por la espiritualidad ignaciana. Muchos de ellos eran miembros de la CVX.

Hace ya algún tiempo, al finalizar mis estudios en el colegio de los jesuitas en Santiago de Chile, me correspondió representar a mis compañeros de clase diciendo un discurso de despedida. No recuerdo mucho lo que dije, ni tengo una copia disponible. Sólo una frase de entonces ha quedado para siempre grabada en mi memoria y en mi espíritu. Al final, ya casi cerrando el discurso, me acuerdo que dije: "Nos vamos llevando dentro de nosotros ese fuego ignaciano, que no conocemos bien pero que sentimos arder. Lo conoceremos mejor cuando, quizás sin buscarlo; se lo habremos comunicado a otros".

La imagen del fuego está asociada a Ignacio. La tradición ha ligado el significado de su nombre al fuego. La liturgia ha vinculado su fiesta al fuego. Es que en verdad hay fuego en la mirada de Ignacio, como diría un amigo mío (y de tantos laicos), cuyo corazón arde de ese fuego. No se

¹ El texto original, que consta completo, lo hemos reorganizado en párrafos más cortos y puntos, para facilitar su trabajo en grupo. Equipo editor de este documento: Jesús Ángel Rodríguez Arroyo, María del Carmen Gómez del Moral, Gema Fraile y Fernando Vidal. Comunidad de Vida Cristiana CVX-Galilea (Madrid, España), cvxgalilea@gmail.com

trata de un fuego propio, autogenerado. Es el fuego de Jesucristo que en Ignacio encontró un nuevo modo de seguir inflamando el mundo.

Hoy sigo sintiendo arder el mismo fuego, dentro y fuera de mí. Hoy, por esas cosas de Dios, se me ha pedido que os comunique algo de este fuego, confiando en que las palabras no extinguirán las llamas al tratar de hacerlas arder ordenadamente. De hecho, la libertad del fuego ha permitido que éste toque e inflame a personas diversas. Así, hoy puedo yo hablaros del fuego de Ignacio desde mi condición de laico, pero pensando siempre en el fuego total, que no admite tuberías.

En la vida de los santos, más que contemplar al Santo glorificado me agrada mirar al hombre en su camino hacia la santidad, y al Espíritu de Dios que lo conduce.

- Así, no valoramos sólo la figura radiante, forjada ya en el fuego total, sino que contemplamos su crecimiento a partir de unas sofocadas brasas o de chispas aisladas, que reciben el preciso soplo del Espíritu de Dios. Por eso, no plantearé mi exposición desarrollando la imagen de Ignacio como un hombre aferrado a Cristo, loco por Cristo.
- Tampoco comenzaré hablando de Ignacio como hombre de Iglesia. Más bien, muy sencillamente, hablaré de Ignacio como un hombre de proceso, un hombre libre, un hombre de mundo, un hombre sensible, un hombre que busca compañeros para el servicio.
- Para los laicos de hoy, estos son cinco aspectos preciosísimos del legado ignaciano, capaces de influir en nuestra vida de familia y de trabajo, en nuestras opciones políticas y en nuestros hábitos de la vida cotidiana.

1. Ignacio es un hombre de proceso

En Ignacio, encontramos claramente un proceso de crecimiento.

- Y no pensemos que se trata de un proceso todo planificado para obtener ciertos frutos pre-establecidos.
- La definición de peregrino que él mismo se confirió al final de su vida conlleva una cierta dosis de riesgo y una cierta ignorancia acerca de lo que al final se encontrará.
- El peregrino es un hombre libre, que disfruta o sufre cada paso y cada momento, que no se instala en un lugar preciso, y que espera siempre la novedad.
- Hoy día, podemos decir que todos los peregrinos son jóvenes, pero no todos los jóvenes son peregrinos.

En Ignacio hay un proceso interior que nos enseña muchas cosas.

- Me gusta pensar que Ignacio es un hombre que no tiene temor de sí mismo, capaz de mirarse a sí mismo en todos sus aspectos y hacerse consciente de quién es y donde está.
- Es también capaz de mirar a su alrededor y hacerse consciente de lo que está pasando. Con el tiempo, será capaz también de mirar y reconocer la acción de Dios.
- Desarrollará una enorme habilidad para reconocer y aceptar el momento presente, para identificar el próximo paso posible y ponerse manos a la obra.
- Este planteamiento, que se basa en la racionalidad y puede ser muy voluntarista, al ser acompañado por la acción de Dios en él pierde todo rasgo de simple y vana tozudez y se transforma en un precioso legado para nosotros.
- Los que seguimos la tradición ignaciana no tratamos de imponernos o de imponer una meta y un ritmo inhumano. En todo, buscaremos el próximo paso posible dentro de una realidad siempre compleja.

- En nuestro propio proceso espiritual, desarrollaremos esa capacidad de ver quiénes somos y dónde estamos, sin temor a encontrarnos con respuestas desagradables.
- Sólo a partir de la realidad de uno mismo, que es una realidad encarnada y limitada, podemos crecer como peregrinos hacia un punto que se nos irá mostrando cada vez más claramente.

El legado de Ignacio como hombre de proceso es impresionante: la discreción de espíritus y el examen de conciencia, la progresión de los Ejercicios Espirituales, el testimonio de su propia vida y la libertad con que subordinaba las metas intermedias a una única meta mayor, el respeto por las personas con que trató y a las que formó, nos invitan hoy a desarrollar actitudes análogas.

En un ambiente social y eclesial en que cada vez es más difícil escuchar, mirarse a sí mismo con verdad y disponerse a caminar con humildad, la sabia pedagogía de Ignacio se pone al servicio de quien desee emprender un viaje sin aplastarse a sí mismo ni a otros, pero sin dejar de avanzar y crecer. Lo mismo es válido en la vida de pareja, en la que es siempre tan importante tener conciencia del propio proceso de crecimiento y un lenguaje para interpretarlo y comunicarlo.

Ignacio nos enseña a poner atención a nuestros movimientos interiores, a darnos cuenta de los signos de vida y de muerte en nosotros mismos, a integrar en Dios las distintas etapas ya vividas y a abrirnos con confianza a lo que vendrá. El no pinta la vida de color rosa, y sabe bien que el fuego tiene una mitad de frío (1), que la palabra es un ala del silencio, que la muerte es una parte de la vida y que el amor se hace de luz y de oscuridad.

Siguiendo el camino de Ignacio no se resuelven todos los problemas de la vida y del amor humano, pero se adquiere este sentido de proceso interior y un lenguaje para expresarlo, que permite un diálogo más sereno consigo mismo, con Dios y con el otro.

2. Ignacio es un hombre libre

Es cierto que Ignacio era un obstinado, pero un obstinado libre. Perseguía una meta con tenacidad, pero siempre en función de otra mayor, que pasaría a ser con el tiempo la única meta: "alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor". Las otras cosas son "criadas para el hombre para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado".

El clásico principio del "tanto cuanto" es un principio para hombres libres, pero apasionados.

- Ignacio interroga siempre su libertad. ¿Qué deseo? ¿qué quiero? "Demandar a Dios Nuestro Señor lo que quiero y deseo" es una fórmula que aparece a menudo en los Ejercicios Espirituales, y que nos habla de un hombre libre.
- El hombre libre busca en lo profundo de su ser, allí donde los propios deseos se confunden con los deseos de Dios, y donde lo que Dios quiere de mí no se me impone sino que se me propone desde mí propio centro vital.
- Ignacio comprendió que Dios trabaja a través de los deseos, suscitando atracción, moviendo nuestra libertad.
- En los deseos más profundos está siempre Dios, pero los deseos que identificamos y seguimos no son siempre los más profundos.
- Hacerse más libres es, en un sentido, entrar en contacto con lo profundo de nuestro ser y reconocer lo que de verdad deseamos, para luego buscarlo activamente y pedirlo a Dios como gracia y así, Ignacio no tiene miedo a las opciones, al uso activo de su libertad.

Su pedagogía espiritual siempre llevará a hacer elección, sea para confirmar, sea para modificar el propio estado o situación.

- No hay automatismos, pues éstos niegan la libertad.
- "Yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada": ¿Quién, sino un hombre libre, puede tener tal claridad en su hablar?
- Hoy parece que la propia libertad se esconde tras una especie de fatalismo social, en el que los pasos a dar están preestablecidos y los modos de obrar son convencionales.
- El hombre libre seguidor de Ignacio conservará siempre la capacidad de preguntarse: ¿Pero de verdad lo quiero y lo deseo? ... Y también en plural, en la vida social, laboral o política, podemos decirnos: Sí, ha sido siempre así, pero ¿de verdad lo queremos y deseamos?

La libertad de Ignacio no es sólo una libertad de reacción, por ejemplo para rechazar algo malo o desaconsejable.

- Es una libertad discerniente y creativa, que permite también (y a veces exige) decir "no" a opciones moralmente buenas y socialmente recomendadas.
- Este último "no" será el de una libertad que busca el más, que no da respuestas convencionales sino que incursiona en territorios de frontera, que busca llenar lugares vacíos o donarse en proyectos más comunitarios y menos individualistas.

Es cierto, todo esto también podría ser un puro ejercicio de voluntarismo. El Ignacio maduro lo sabe, y verá siempre su libertad ante Dios y sus actos más libres como "oblaciones de mayor estima y momento". Sí, lo que yo quiero y deseo... "sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza".

3. Ignacio es un hombre de mundo

Ignacio no se alejó del mundo para buscar a Dios. Él quería estar presente en el mundo a la manera de los apóstoles, es decir, sirviendo con Jesús servidor. Para él, Dios no estaba ausente del mundo y había que buscarlo allí, "en todas las cosas".

- ¡Cuán difícil nos resulta hoy reconocer y aceptar la presencia de Dios en el mundo! Y sin embargo, para los que intentamos seguir el camino de Ignacio, el mundo no es sólo el sujeto o ámbito de nuestro apostolado: es también una fuente de nuestra espiritualidad, es decir, un lugar seguro donde encontrar a Dios y su llamada.

El misterio de la Encarnación es clave en la espiritualidad ignaciana. Dios con nosotros, Dios que se hace hombre. Jesús, hijo de Dios nacido de mujer, viene en medio del mundo como el que sirve. Hagamos redención, de este mundo real, insertos en él, con Jesús. Esta fue la pasión de Ignacio.

Muchos rasgos del estilo ignaciano, incluido el sentido de la Iglesia, tienen quizás su origen en esta mundanidad o realismo de Ignacio.

- Él no fue un idealista o un espiritualista. Él no amaba una Iglesia que no existía, no se engañaba construyendo imágenes ideales de personas o situaciones.
- Su preocupación fue siempre reconocer a Dios actuando en lo concreto de cada persona o situación, y ponerse a trabajar junto a Él.
- No es que no veía o ignoraba los problemas y el pecado de la Iglesia jerárquica, no de cualquier situación o persona. Más bien, no se paralizaba ante ellos ni perdía de vista a Dios, que a través de esa debilidad seguía construyendo su Iglesia y salvando a toda la humanidad.

- Su respeto por las personas, que he ya mencionado antes, puede verse también como una consecuencia de su realismo: Dios opera en la realidad de cada persona, no en imágenes ideales que estas puedan tener de sí mismas o en expectativas que otros les impongan. La aceptación de esto pone a la persona en movimiento, en gozoso seguimiento de Cristo. Para todos, y especialmente para los jóvenes, hay aquí una riqueza enorme. Es una de las gracias más evidentes de la experiencia de los Ejercicios Espirituales.

En este marco de la mundanidad y realismo de Ignacio, hay otro aspecto que quisiera proponeros. Hoy nosotros nos encontramos en un mundo que es, parafraseando a Einstein, "una gran profusión de medios y una gran confusión de metas". En la escuela de Ignacio, es aquí que Dios nos llama a extender su Reino, trabajando diariamente como compañeros de Jesús que pasa, mira, se compadece, sana, ayuda, transforma, multiplica los esfuerzos humanos. La meta es clara: "el Reino de Dios y su justicia" (Mt 6,33). La vía es clara: hacer presente a Jesús y su Evangelio en nuestro ambiente. Así, nosotros podemos y debemos usar toda la abundancia de medios lícitos que a menudo están hoy a nuestro alcance.

Jamás aborreceremos los medios mundanos como si en sí mismos fueran pecado o indujesen a él. Así, podríamos llegar a "retirarnos del mundo" aun a condenar al mundo como perverso. Y sabemos que no cayó Ignacio en esta trampa: él fue un hombre de su época, convencido que Dios actúa en el mundo a través de nosotros y de nuestros medios.

- Nosotros, sus seguidores en el mundo de hoy, no debemos tener miedo a los impresionantes medios que la ciencia y la técnica ponen hoy a nuestro alcance. Más aún, debemos prepararnos para usar con eficacia todos los medios lícitos disponibles, valorando mucho la perseverancia y la excelencia en su uso.
- El estudio y la formación sistemática es un aspecto de gran importancia en este sentido, jamás descuidado o menospreciado por Ignacio, que fue capaz de iniciar estudios sistemáticos a los 34 años para "mejor ayudar a las ánimas".
- Pero, tras las huellas de Ignacio, no nos aferraremos tanto a los medios al extremo de transformarlos en metas y acabar así la peregrinación del hombre libre que sabe que ,hay todavía mucho que caminar. Ignacio supo abandonar proyectos que no conducían al fin, y supo perseverar en proyectos mientras le parecía que conducían al fin.
- Conoció la frustración de sus planes, pero supo siempre reponerse, cambiar de idea y adoptar otros planes y medios que lo llevaran al mismo fin.
- Permaneció libre para usar de los medios "tanto cuanto" éstos le ayudaban a conseguir el fin, y su libertad incluía la tenacidad y una dosis de sana pasión.

Más importante aún, para Ignacio lo central era el seguimiento de Cristo pobre y humilde, y no el poder que conceden los medios humanos.

- Ignacio tenía sentido del poder y del saber, pero no fue un hombre de poder ni su vida se centró en el saber.
- Más bien, para dejar relucir el poder de Dios, él era capaz de pedir como gracia ser elegido para el tercer grado de humildad: pobre con Cristo pobre, más que riquezas; desprecios con Cristo despreciado, más que honores; ser tenido y estimado como tonto y loco por Cristo, más que por prudente y sabio de este mundo. Todo esto, como siempre, "con tal que sea para igual o mayor servicio y gloria de su Divina Majestad" (EE.EE. 167, 168).
- Esta misma tenacidad y sana pasión, esta excelencia desprendida (pero capaz) del éxito y del poder, este sentido del Cristo pobre y humilde, debemos tratar de aportar sus seguidores hoy, cuando los medios se confunden con las metas, en el mundo... y en la Iglesia.

4. Ignacio es un hombre sensible

La sensibilidad es hoy día una necesidad urgente. Cuando los efectos no siguen inmediata y evidentemente a las causas, sólo hombres sensibles pueden conservar una cierta intencionalidad en su vida.

- Ignacio sufrió y derramó lágrimas de compasión cuando se dio cuenta de los efectos, no buscados, que tuvo su acto inocuo y hasta bueno de regalar sus finas vestimentas a un pordiosero. Sólo después de que algo le hizo imaginar los efectos, pudo ver su acto desde la perspectiva del pobre y no desde su propio naciente fervor, y el cambio de perspectiva le hizo derramar lágrimas.
- Éste es un aspecto de su sensibilidad: la capacidad de darse cuenta y conmoverse, de cambiar de perspectiva y mirar las cosas desde un ángulo diverso a lo convencional o a lo tradicionalmente bueno, como es sin duda el fervor.

Pero además, convencido de la actualidad y concreta [concreción] del Evangelio, nos propone a menudo la técnica de la "aplicación de los sentidos". Gustar, tocar, oler, ver, oír, porque "no el mucho saber harta y satisface al ánimo, más el sentir y gustar de las cosas internamente" (EE.2). Hace poco, en un curso de formación ignaciana con participantes de 15 países de Europa, les propuse usar esta técnica, con el convencimiento de que Jesús está presente en Europa hoy.

- Les propuse mirar Europa y lograr una "composición de lugar", usando la "aplicación de los sentidos". Debían "ver las personas, las unas y las otras... " (106, 114); "oír lo que hablan... " (107, 115); "mirar lo que hacen... " (108, 116); "ver con la vista de la imaginación" (65).
- Debían ver el pecado y la gracia, reconocer a Jesús que sufre y a Jesús que sana y transforma.
- Debían poder ver al niño Jesús que crece y pasa, y todo esto en la Europa concreta en la que viven. Sabemos que en Europa, y en todo el mundo, podemos "oír con las orejas llantos, alaridos, voces, blasfemias contra nuestro Señor..." (67); "oler con el olfato humo, piedra azufre, sentina y cosas pútridas" (68); "gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristeza y el verme de la conciencia." (69); "tocar con el tacto (...) cómo los fuegos tocan y abrasan las ánimas" (69).
- Pero, también podemos "oler y gustar con el olfato la infinita suavidad y dulzura de la divinidad del ánimo y de sus virtudes y de todo..."(124); o "tocar con el tacto, así como abrazar y besar los lugares dónde las tales personas pisan (se refiere a la Sagrada Familia)." (125).

El lenguaje de los sentidos es el primer paso concreto para, como Ignacio, responder apostólicamente a las necesidades que vemos a nuestro alrededor. Pero, hay que ser capaz de "verlas, sentir las, oír las". ¿Señor, cuándo te vimos hambriento o sediento, con frío, desnudo, o en la cárcel?... La aplicación apostólica de los sentidos se nos sugiere ya en el Evangelio, y la vida de Ignacio en sus distintas etapas, incluso en Roma siendo ya Prepósito General, está llena de ejemplos en los que él percibía la necesidad y respondía de alguna manera.

5. Ignacio busca compañeros para el servicio

La llamada de Jesús a los apóstoles y el posterior envío a la misión son dos escenas del Evangelio que marcaron profundamente a Ignacio, y que se encuentran reflejadas en las meditaciones más típicamente ignacianas: el llamado del Rey, las Dos Banderas, los Tres Binarios. Siempre me ha impresionado el sentido que Ignacio tenía de ser llamado junto a

otros. No es él, Ignacio, quien llama a otros a unirse en su empresa. Es el Rey Etemal que llama a todos, personalmente, y los convierte en sus compañeros de trabajo para la realización de su Reino (cfr. EE. EE. 95). Es el Señor de todo el Universo que elige a tantas personas en calidad de apóstoles y los envía por toda la tierra (EE.EE.145). Es el Señor que platica con sus colaboradores y amigos y los envía a la misión (EE.EE. 146).

Así, Ignacio buscará siempre compañeros y se pondrá a trabajar junto a ellos. Para que sean verdaderamente compañeros de Jesús en su misión, "amigos en el Señor" -y no seguidores de Ignacio-, todos los compañeros buscarán hacer experiencia de Dios y crecer en intimidad con Jesús.

Es éste el origen y el fin de cualquier comunidad ignaciana: ser compañeros con Jesús en su misión, asociarse para responder a la llamada del Rey Eternal, vivir como comunidad de apóstoles en el mundo.

En mi experiencia personal, esto lo he vivido en la Comunidad de Vida Cristiana. Se trata de una Asociación de Fieles, laicos en su inmensa mayoría, que se define como una comunidad mundial de inspiración ignaciana. Sus orígenes se remontan a los tiempos de Ignacio, y a los primeros grupos de laicos o "compañías" que surgieron en tomo a la espiritualidad apostólica de los Ejercicios Espirituales. El carácter apostólico, el sentido de universalidad y la nota eclesial tan característicos de la tradición ignaciana requieren de una expresión comunitaria que, respetando el principio de la encarnación en realidades concretas y diversas, nos abra a la complejidad de los problemas del mundo y de la Iglesia, nos urja en el servicio y nos haga trascender los límites geográficos, emotivos, sociales, de edad o de liderazgo.

Una comunidad ignaciana no es un fin en sí misma. Ignacio lo comprendió y era inmensamente desprendido de la Compañía de Jesús que él mismo había fundado.

La Comunidad de Vida Cristiana también desea servir, nunca ser fin en sí misma. Desea ser una comunidad apostólica, desea convocar para el servicio a todos los que, tras las huellas de Ignacio, quieran unirse para trabajar con Jesús, siguiéndolo de cerca desde su estado laical. Hay también otras comunidades religiosas de raíces ignacianas, y crece entre todas la capacidad de interactuar, colaborar y aportar a la Iglesia la gracia que Dios dio a Ignacio para la realización de su reinado.

CONCLUSION

Mucho más podría decirse de la espiritualidad ignaciana en clave laical, pero prefiero no añadir otros elementos, y proponeros más bien una síntesis. La sensibilidad de Ignacio es capaz de contemplar lo que hace Dios y lo que hacemos nosotros; de ver, gustar y sentir como esas dos líneas se entrecruzan, se separan, se buscan, hasta llegar a confundirse en un corazón que ya no distingue más entre vida espiritual y vida en el mundo, haciendo que toda la vida sea una vida en el Espíritu.

La vida en el Espíritu es *toda la vida* atraída por Dios y transformada por El. Toda la vida: la acción y la oración, la formación y el servicio, el gozo y el dolor, el éxito y el fracaso, el desierto y la tierra prometida. Fue esto lo que vivió Ignacio con profundidad: "buscar y hallar a Dios en todas las cosas", decía. Y éste es el fuego que buscamos hacer arder en nuestras vidas y en todo el mundo. Por eso, los seguidores de Ignacio hoy día buscamos hacer experiencia de Dios, entrenar el corazón con ejercicios, asociarnos como compañeros en la misión, siguiendo al

Pan y Rosas

Cristo pobre y humilde, para que la sensibilidad de espíritu que desarrollemos se transforme en acción apostólica.

José Reyes

[Notas]

(1) Neruda, Cien Sonetos de Amor, soneto XLIV.